

portancia; pero pronto le atacó la ponzoña hasta la médula de los huesos; el paladar y la lengua comenzaron á secarse, y tambien el sudor de la piel; el infeliz, sin derramar una lágrima, dejó caer la bandera al suelo, y atormentado por la sed mas horrible, corrió como un loco en busca de agua. Bebió y bebió y siempre aumentaba mas su sed; pinchóse despues las venas y bebió su propia sangre, pero tampoco así halló remedio. Caton llenó de horror, mandó al ejército continuar rápidamente la marcha; pero pronto la muerte debió presentársele bajo una forma mas terrible aun. Un pequeño seps mordió la pierna de Sabelo; este arrancó el reptil con la mano y le atravesó con la lanza; el seps era pequeño, pero al rededor de la herida cayó al punto la piel á pedazos, de modo que pudieron verse los huesos; la llaga se extendió cada vez mas; la carne se convirtió en una sustancia fétida, y cuando hubo desaparecido tambien de la cabeza, los huesos se pudrieron y disolvieron de modo que ni siquiera quedó el cadáver del hombre, y si solo una mancha cubierta por la terrible sustancia. Un *prester* picó al guerrero marso Nasidio; una mancha roja como el fuego se extendió por su rostro, hinchando la piel; corrióse pronto por todo el cuerpo, de modo que ya no pudieron reconocerse las formas, y despues ofreció solo á las miradas del asombrado ejército una enorme masa inerte. Nadie se atrevió á llevar á la hoguera el cadáver, que siempre iba aumentando en tamaño, y todos buscaron su salvacion en la fuga. Un hemorrois hirió á Tulo; de toda la piel salió en seguida un líquido rojizo, que llenó los ojos, la boca y la nariz. El desgraciado Levo murió herido por una serpiente, perdiendo al punto los sentidos. De un tronco de árbol precipitose la serpiente llamada por los africanos *jaculus*; bajó con mas rapidez que una flecha derribando á Paulo y pasando por su cabeza. Murro atravesó con la lanza un basilisco; el veneno penetró por la lanza hasta la mano, la cual se cortó el hombre mismo con la espada. Inútil es decir que estos hechos no han sucedido tales como los cuenta Lucano, pero resulta claramente de ellos que se fundan en la observacion de otros efectivos, exagerados no obstante del mismo modo que hacen hoy dia los que cuentan como creíbles los hechos mas fabulosos.

Como sin embargo desgraciadamente suceden con harta frecuencia los casos de envenenamiento por esta especie en los hombres, conocemos con exactitud, además de los signos anteriores, los padecimientos y sensaciones de la víctima. Inmediatamente despues de la mordedura, suele sentir el herido un fuerte dolor que no tiene comparacion con otro alguno, y que recorre todo el cuerpo como una descarga eléctrica; pero á veces por el contrario, la persona mordida cree haber recibido un arañazo de alguna espina, y no parece sentir casi dolor alguno. Sin embargo, muy pronto se presentan los primeros síntomas infalibles de la descomposicion de la sangre, que empieza á verificarse, como cansancio general de todo el cuerpo y rápido desfallecimiento de todas las fuerzas; muy frecuentemente siguen á estos los vómitos, de sangre á veces, y la diarrea, y tambien en muchos casos hemorragias de boca, nariz y oídos. El desfallecimiento se señala tambien por una soñolencia á la que apenas puede resistir el paciente, y por una manifiesta disminucion de la actividad cerebral; la accion de los sentidos aparece mermada en alto grado, de suerte que á menudo se presenta completa ceguera ó sordera. A medida que las fuerzas se van debilitando, disminuye la sensacion del dolor, y cuando se acerca el fin del envenenado, parece este libre de todo sufrimiento, muriendo lentamente, postrado en la mas profunda insensibilidad. Cuando la descomposicion de la sangre se verifica con rapidez, por lo regular se hincha muy poco la parte mordida, pero si aquella se opera

gradualmente, esta última se vuelve una masa informe, comunicándose casi siempre la hinchazon á otras partes del cuerpo. En muchas personas envenenadas de esta suerte se han observado, no tan solo un aspecto cadavérico, sino que tambien una frialdad particular del cuerpo, consecuencia natural del entorpecimiento de la circulacion de la sangre, pues el envenenamiento no es mas que la descomposicion de esta, y sus efectos los de una fiebre pútrida que la acelera. No siempre son idénticas las fases que atraviesa el paciente: sucede á menudo que durante largas horas es presa de los mas terribles dolores, y tiene tan excitado su sistema nervioso, que todo movimiento, el mas leve ruido que se haga á su alrededor, le causa un verdadero martirio. Algunos hombres mordidos por una víbora dan espantosos gritos; los perros, que han recibido igual herida, hacen oír horas enteras sus lastimeros plañidos, hasta que se presentan la postracion y la insensibilidad, siguiendo despues una muerte comparativamente tranquila.

Cuanto mas grande y poderosa es la serpiente tanto mas abundante es su veneno; cuanto mas tiempo ha pasado sin morder, cuanto mas calor hace y mas furioso es el reptil, tanto mas rápidos y terribles son los efectos de su veneno. Los síntomas principales del mal se asemejan tambien á los ya descritos; pero el envenenamiento es mucho mas rápido y de consiguiente presenta tambien otros accidentes. Casi inmediatamente despues de la mordedura experimentase cierto aturdimiento y malestar extremado; se hacen evacuaciones involuntarias de orina y de excremento; dilatase ó se estrechan las pupilas; la respiracion es lenta; prodúcense convulsiones, temblor de los músculos é insensibilidad de la piel; pero el conocimiento y la actividad de los sentidos se conservan hasta el último momento. Al fin se declara la parálisis, acompañada ó no de convulsiones, y síguese la muerte, producida de ordinario por la asfixia, pues la actividad del corazon dura mas que la respiracion. De varios experimentos consta además que los animales á que se habia inoculado el veneno de serpiente pudieron conservarse vivos aun bastante tiempo por una respiracion artificial que mitigaba las convulsiones. La muerte puede ocurrir á los veinte minutos despues de la mordedura, y tambien al minuto si el veneno llega á una arteria. Segun Jones, el calor del cuerpo aumenta un poco al breve rato de haberse infiltrado la ponzoña, pero disminuye luego considerablemente. La actividad del corazon es apresurada, pero débil, y á menudo se producen evacuaciones de sangre en el estómago y segregacion de la hiel. Con bastante frecuencia se observa entre los primeros síntomas tambien la imposibilidad de hablar, que á veces persiste aun despues de haber desaparecido los demás accidentes. Al abrir el cadáver no se nota ninguna rigidez, pero en la aurícula derecha del corazon hállase sangre ligeramente descompuesta, que tiene alguna semejanza con el alquitran, mientras que la izquierda suele estar vacía. Los vasos del cerebro y de las membranas cerebrales están llenos de sangre oscura; en el hígado y los pulmones es tambien abundante; el primero está hinchado y tiene un color oscuro.

Si cambia el carácter de la enfermedad, ora á consecuencia de los remedios empleados, ora por la insuficiencia de la pequeña cantidad de veneno introducido en la herida, sigue á los primeros síntomas ya indicados un largo período de postracion, antes del completo restablecimiento; desgraciadamente sucede muy á menudo, que el paciente sufre semanas, meses y hasta años las consecuencias de la mordedura de la serpiente, de modo que bien puede decirse, en el sentido mas literal de la palabra, que solo una pequeña gota de la temible secrecion «le ha envenenado toda su vida.»

Innumerables son los remedios que desde remotas épocas

se han usado y se usan todavia hoy para combatir la mordedura de la serpiente venenosa, mas por desgracia, en esto ha entrado tambien por mucho la supersticion. Así como en otros tiempos los hombres ignorantes impetraban el auxilio de los dioses, así tambien ahora se creó poder contrarestar los efectos de un veneno tan eficaz recitando algunas docenas de «Padre nuestros ó Ave Marías.» Añadamos, no obstante, que tambien se hace uso de otros medios: se corta y quemá la herida, se ponen piedras de serpiente, raíces machacadas y hojas; administranse como medicamento interno jugos vegetales, espíritu de amoniaco, cloruro, arsénico y otras cosas, pero hasta ahora no se conoce un solo remedio que pueda recomendarse como verdaderamente probado é infalible. Sin embargo, el mas eficaz de todos parece ser el espíritu de vino, introducido en gran cantidad en el estómago del paciente, en el modo y forma que mas á mano se tenga: el alcohol, el ron, el arac, el cognac, el aguardiente y hasta el vino fuerte y generoso, parecen igualmente recomendables. Este remedio no es nuevo, pues ya se conocia en tiempos remotos, habiéndole usado las personas inexpertas mucho antes que los médicos, en las mas diversas regiones de la tierra. Marco Porcio Caton el Censor aconsejaba ya dar á un hombre ó animal doméstico mordido por una serpiente anís negro mezclado con vino; Celso recomienda vino compuesto con pimienta y jugo de ajo; los dálmatas mordidos por una víbora beben vino hasta embriagarse y se curan de este modo; los cazadores de víboras solo emplean vino para combatir los efectos de esa terrible ponzoña; los norte-americanos hacen poco caso de una mordedura de la serpiente de cascabel cuando tienen una buena cantidad de aguardiente á su disposicion, del cual beben tanto como es posible, duermen hasta que les pasa la borrachera y no sufren ya las consecuencias del veneno. Los habitantes de la India por mas remedios que emplean, no conocen ninguno tan eficaz como el aguardiente destilado con linosilvestre ó tabaco. Los malayos de Borneo consideran como salvado á un hombre mordido por una serpiente venenosa tan luego como este bebe aguardiente hasta embriagarse; los indígenas que estando completamente borrachos fueron mordidos repetidas veces no experimentaron ningun daño. En los últimos tiempos, tambien los médicos emplean el espíritu de vino en cualquier forma y con el mejor éxito. Los experimentos han demostrado que el alcohol no produce los efectos de un antídoto, es decir, no combate el veneno de la serpiente; pero aumenta la actividad de los nervios, paralizada por la ponzoña del reptil, con mas y mas rapidez que ningun otro estimulante; presta por lo tanto excelentes servicios; y merece emplearse, tanto mas cuanto que en cualquier pueblo se encuentra aguardiente.

Despues de haber hecho un sinnúmero de experimentos, Fayer da en pocas palabras los siguientes consejos para el tratamiento y la curacion de un hombre mordido por una serpiente venenosa: con una venda cualquiera se fajará el miembro herido por encima del sitio lastimado, oprimiendo con la mayor fuerza posible y si es necesario con unas tablillas de madera; á intervalos se pondrán tambien varias vendas mas arriba de la primera, apretándolas del mismo modo. Despues se hace un ligero corte en la herida, dejándola sangrar, ó se chupa por otra persona, ó bien se cauteriza con lumbre, hierro candente, piedra infernal ú otro medio. Cuando una serpiente, reconocida como venenosa, ha mordido un dedo, lo mejor es cortarle al punto, y si esto no es posible se hará cuando menos una incision en la herida á la mayor profundidad posible. Déjese descansar al enfermo, sin permitirle hacer ninguna clase de ejercicio, y al presentarse los primeros síntomas del envenenamiento se

le dará agua de Lucio, espíritu de amoniaco, ó mejor aun espíritu de vino, aguardiente, vino hervido con agua, etc., no demasiado á la vez sino en pequeñas dosis y á intervalos muy cortos. Cuando se presenta el desmayo apliquense trapos calientes y mostaza sobre el vientre, ó bien una corriente eléctrica en el corazon y el diafragma; tambien se puede emplear baños de chorro frios. Si el enfermo quiere tomar antídotos en cuyos efectos cree, es preciso dárselos; pero mas importante es hacerle concebir siempre buenas esperanzas.

Los budhistas, cuya religion prohíbe matar un animal, ponen una serpiente venenosa en un cesto hecho con hojas de palmera, abandonándole á las aguas de un rio. Tambien entre nosotros hay gente loca y yo mismo he sido víctima de sus ataques; esa gente pide con mucha instancia el perdon de la víbora comun porque nos es útil para el exterminio de ratones, ó cuando menos se atreven á vituperar la matanza de las serpientes en general como una crueldad inútil. «Coged piedras y palos y atacad con vigor á la mala cria, aunque os amenace y silbe con el cuello dilatado,» dice Virgilio; y nosotros somos de la misma opinion. Mata-mos á las serpientes venenosas y hacemos bien procediendo así. El hombre razonable no puede perdonarlas, pues solo una encarnizada guerra de exterminio nos puede resguardar.

Por fortuna no todos los indios piensan del mismo modo que los locos devotos de su pueblo, pues tambien en la India hay muchas personas de la clase inferior que estimuladas por las recompensas que el gobierno ofrece se dedican al exterminio de las serpientes. En el norte y sur de América no hay nunca perdon para esos reptiles; en la América del norte, el que ve una serpiente venenosa no se ahorra la molestia de apearse del caballo ó bajar del carro para matarla, y todo aquel que en el Brasil puede coger una, la inmola con tanta cólera como odio mortal, aunque no sin miedo. Muchas serpientes no venenosas son víctimas de tan iracunda saña; pero ¿quién podrá considerar esto como una crueldad en gente que todos los años toca las consecuencias de la mordedura de las serpientes? El hombre no puede vanagloriarse aun de haber alcanzado la victoria sobre las serpientes venenosas, y mientras dura la guerra de exterminio contra ellas no se puede exigir el perdon de las inofensivas. Jamás podremos exterminar del todo á esos reptiles venenosos, pero si es posible reducir su número como se ha probado en los países donde el agricultor se ha establecido, sobre todo en los Estados de la Union y en el Brasil. El número de las serpientes en general, y particularmente el de las venenosas disminuye considerablemente merced á los progresos de la agricultura; de modo que con el tiempo el hombre podrá vivir hasta en las regiones donde mas abundan estos reptiles, al menos sin el continuo temor de poner en peligro su vida. Hasta entonces, nosotros y todos los hombres sensatos opinaremos como Virgilio.

LOS CONOCERCOS— ELAPIDÆ

CARACTÉRES.—En la primera familia agrupamos las culebras venenosas ó conocercos. Estos ofidios tienen el cuerpo bastante prolongado, cilíndrico, ó que á veces por medio de la elevacion de la columna vertebral afecta una forma triangular, con la cabeza pequeña y la cola corta. Tienen las ventanas de la nariz á los lados del hocico redondeado, y la cabeza protegida por grandes placas; por lo regular, faltan las frenales. La escamacion del cuerpo varía en gran manera. Los ojos pequeños, y de pupila redonda, solo oval en al-